

Llegó á aquella capital acompañado de una corte numerosa que no podia resolverse á separarse de su persona, á pesar de los esfuerzos con que Pipino procuró consolarlos, prodigándoles dádivas magnificas. En presencia de aquellos grandes enternecidos hasta el extremo de derramar lágrimas, se postró el monarca á los pies del Pontífice Zacarías, el cual le vistió el hábito monástico. Concluida esta ceremonia se retiró al monte Soracte, donde edificó un monasterio en honor del Papa San Silvestre, de quien se decia haberse ocultado en aquel monte durante el tiempo de la persecucion. Y como las visitas frecuentes de los franceses que iban á Roma turbasen la quietud de su retiro, pasó á Monte-Casino, donde hizo voto de permanecer segun la regla. Vivía todavía el abad Petronacio, restaurador del esplendor y del fervor primitivo de este monasterio famoso; y bajo la direccion de un maestro tan eminente, hizo Carloman rápidos progresos en todas las virtudes religiosas. Los ejercicios mas penosos y humildes tenian para él un atractivo muy particular: servia en la cocina, trabajaba en la huerta, guardaba los ganados en el campo y manejaba el azadon y el cayado con mas complacencia que la que habia tenido en llevar la espada y el cetro.

Aun fué mas asombroso el ejemplo que Ratchis, rey de los lombardos, ofreció al mundo dos años despues, es decir, en 749 (1). Depuesto del trono Hildebrando, cuyas iniquidades en el corto espacio de siete meses de reinado le hicieron insoportable á su nacion, creyeron todos á Ratchis digno de suceder á Luitprando; y siendo duque de Friul, le elevaron al trono de Lombardia. No fué vana la esperanza que hicieron concebir sus régias ciudades, ó á lo menos su ardor por el mayor engrandecimiento de su

(1) Ch. Cass. lib. 1 cap. 8.

reino y por la ruina del simulacro quimérico de imperio que habia quedado en la Italia. Mientras que el exarcado estaba muy tranquilo, el lombardo, con disimulados pretextos, levantó un ejército numeroso, asoló toda la Pentápolis y puso sitio á Perusa. Al oír esta noticia el Papa Zacarías, tomó inmediatamente su resolucio. Animado de aquella firmeza sacerdotal que habia desarmado ya la codicia de Luitprando, se dirigió á Perusa acompañado de una gran parte de su clero, y persuadió de tal modo á Ratchis con su elocuencia, que no solo le hizo levantar el sitio, sino que le inspiró la resolucio de dejar un trono que le parecia ya un escollo funesto. Marchó el rey á Roma á ejemplo de Carloman: recibió igualmente de mano del Pontífice el hábito monástico, y se retiró al Monte-Casino, donde acabó santamente sus dias. Treientos años despues de su muerte se conserva todavía una viña que llevaba su nombre porque él mismo la habia plantado y cultivado. Su esposa Tasia y su hija Ratrudis edificaron allí cerca un monasterio de monjas, al cual cedieron cuantiosos bienes, y pasaron también el resto de su vida en la regularidad mas exacta. Astolfo sucedió á su hermano Ratchis en el trono de los lombardos.

Por la abdicacion de Carloman quedó Pipino príncipe único de los franceses, y dueño absoluto del reino y de la dignidad Real, no fallándole mas que el título. Carlos Martel su padre, igualmente poderoso, y mas ilustre por la continuacion de sus triunfos, no se habia atrevido á tomarle por no chocar con la preocupacion de los pueblos. El hijo tuvo mayor osadía que su padre; ó por mejor decir, supo sacar partido de las circunstancias y de la posesion en que estaban los franceses de no obedecer á otros príncipes que á los de su sangre. Fué igualmente querido de los eclesiásticos,

cuyo celo protegía en todas ocasiones, y de todas las clases del pueblo. Despues de haberse asegurado de la disposicio de los ánimos, con pretexto de procurar mejor el bien comun pidió en una asamblea nacional que se le declarase rey (1). Todos dieron su consentimiento con muchas aclamaciones de alegría. No quedaba otro obstáculo que vencer que Childerico, á quien se trataba de deponer despues de haberle prestado juramento de fidelidad.

Eginardo, el cual escribió bajo el reinado de Carlo-Magno, dice que San Bonifacio, legado de la Santa Sede, apóstol de la Germania, y oráculo de toda la iglesia de Francia, propuso que se consultase al Vicario de Jesucristo: que comisionaron á Burchardo, primer obispo de Wirzburgo, cuyo talento no era inferior á su santidad, asociándole con Fulrado, descendiente de una de las casas mas poderosas de la Austrasia, nombrado por Pipino abad de San Dionisio, y archicapellan de palacio, esto es, limosnero mayor; y que estos dos ilustres diputados consultaron al Papa Zacarías en los términos siguientes:

«¿A quién debe darse con mas justicia el nombre de rey? ¿al que carece ya de todo poder régio, ó al que se halla en posesion y ejercicio de la soberanía?» Y que el Papa respondió, sin nombrar á Childerico ni á Pipino, «que era justo y razonable que aquel que tenia todo el poder Real, tuviese igualmente el nombre de rey.» Esta respuesta vaga y capciosa, atribuida al Papa Zacarías, ¿no debe hacer sospechar á todo escritor circunspecto? ¿y quién no sospechará de Eginardo que, hechura y panagerista de Carlo-Magno, se dejase llevar del deseo de colorear todo lo posible la usurpacion de Pipino, padre de este príncipe? ¿Y no será efecto de aquella secreta preocupacion (demasiado natural aun á los

(1) Annal. Loisel. ann. 749; Fuld. Alud. ann. 751.

B. del G., tomo XVII. — IV. — HISTORIA ECLESIASTICA. — TOMO II.

cortesanos de probidad) el que ultrajase sin distincion á todos los últimos descendientes de Meroveo; el que cometiendo un sin fin de anacronismos, suponga canas en unos niños de ocho ó diez años, y á príncipes de-catorce, tales como el Jesgraciado Childerico III, les atribuya las costumbres disolutas del libertinage mas inveterado; y que nos presente en fin el burlesco espectáculo de unos reyes indolentes, conducidos el primer dia de marzo en un carro tirado de bueyes, ó abismados en la molicie del palacio de Mamaca? Al mismo tiempo, los autores absolutamente contemporáneos nos manifiestan á muchos de estos príncipes, por desgracia demasiado jóvenes para ser obedecidos, ya colocados al frente de sus ejércitos, y ya acostumbrándose por medio de las fatigas de la caza á los trabajos mas sérios de la milicia (1). Pero sigamos la série de la historia.

Pipino, declarado rey de los franceses, fué elevado, segun costumbre, al trono en

(1) Para ser imparciales añadiremos algunas palabras.

Los antiguos Anales de los francos dicen (año 751) que el Papa Zacarías mandó á los francos eligiesen á Pipino: *Data auctoritate sua, jussit Pipinum regem constitui.* Asi habla Eginardo al principio de la vida de Carlomagno: *Pipinus, per auctoritatem romani Pontificis ex praefecto palatii, rex constitutus est.* Asi hablan Aimoin (*De gentis Franc. lib. 4, c. 41.* *Reg. Chron.*, lib. 2, an. 749), Lamberto de Schawembourg (*Hist. germ.*), Siegberto (*Chron.*) y otros historiadores. A estar á estos autores, se comprende que algunos Papas posteriores podian mirar prudentemente como verdadera la deposicio de Childerico, como legítima la autoridad de un santo Papa como Zacarías, y en consecuencia atribuirse sin temeridad el mismo derecho. En la hipótesis en que este Pontífice, sin deponer absolutamente á Childerico, hubiera dado una simple declaracion en favor de Pipino, respondiéndole que se debía atribuir el nombre al que tenia la realidad, esta respuesta de Zacarías, si es justa, confirma la opinion de los que pretenden que el Papa tiene solamente la autoridad de declarar la legitimidad de un soberano, las obligaciones de conciencia de un pueblo cristiano para con el príncipe y los límites de un juramento de fidelidad. Asi que esta respuesta deja subsistente la autoridad del Papa sobre los reinos, aunque no sea absoluta, sino indirecta, y especialmente en el caso de cisma ó de heregia.



la ciudad de Soissons en el mes de marzo del año 752. El legado San Bonifacio, dice Eginardo, le coronó y consagró para hacerle mas respetable al pueblo. Su esposa Berta ó Bertrada fué igualmente proclamada reina, y con una ceremonia enteramente nueva colocada en el trono al lado de su esposo. Cortaron el pelo á Childerico y le encerraron en un monasterio.

Así empezó la segunda dinastía de los monarcas franceses. El autor de su elevación quiso consagrarla en cierto modo y acreditarla de obra del cielo, siendo el primero que introdujo la fórmula siguiente en sus diplomas: *Rey por la gracia de Dios*: y aún siguiendo los consejos de S. Bonifacio devolvió á muchos obispos la mitad de los bienes de sus iglesias y á otras solamente la tercera parte, prometiendo restituirlo todo luego que las circunstancias lo permitieran. El Papa Zacarias no puso límites á su benevolencia para con el rey Pipino. Le concedió, segun testimonio de Lupo, abad de Ferrieres, el nombramiento de los obispos vacantes en el imperio francés; ó por mejor decir, ratificó la costumbre en que estaban los reyes de dar las prelacías sin el consentimiento del clero á los eclesiásticos de su corte, llamados clérigos palatinos. Creyó el Pontífice que valía mas autorizar un derecho contestable y legítimar un uso menos perfecto, que estar haciendo continuamente reclamaciones casi inútiles y que fomentaban una semilla eterna de division entre las dos potestades. El primer fruto de la buena armonía entre la Cabeza de la Iglesia y el nuevo monarca fué la celebracion del concilio de Verberia. En el segundo año de su reinado convocó Pipino para este lugar una asamblea general de obispos y de señores del reino, á fin de poner remedio á la depravacion de las costumbres, principalmente en lo concerniente al matrimonio (753).

San Bonifacio por su parte conservaba cuidadosamente la santa unanimidad que debe reinar entre la cabeza y los diversos miembros de la Iglesia docente. Recurría á las luces de la Santa Sede en todos los negocios importantes. Apenas acababa de nacer la iglesia de la Germania, cuando ya el Evangelio tenia que triunfar de mil enemigos domésticos. El santo arzobispo se quejaba al Papa, de que le rodeaban mas impostores que ministros católicos: que usurpaban el título de sacerdotes y obispos sin tener orden alguna; y que solo servían para trastornar el ministerio eclesiástico y pervertir ó escandalizar á los pueblos (1). «Hipócritas sacrilegos, añade, aventureros depravados, reos de homicidio, de adulterio y de toda especie de atrocidades é infamias. Y aun hay muchos que, esclavos desertores y delincuentes fugitivos, se hacen desde luego tonsurar, se transforman de un golpe en ministros de Jesucristo, forman facciones entre los pueblos, tienen juntas sediciosas en parajes ocultos y en las casas de los aldeanos; y lejos de enseñar á los paganos la santa doctrina que ellos mismos ignoran, no se aplican mas que á perpetuar en las tinieblas y en la impunidad el reino de Satanás.» Tales eran los obstáculos que la fé católica tenia que vencer en la Germania, y sobre los cuales Bonifacio, su ilustre apóstol, consultaba al primer Pastor. Este le respondió que en cualquiera parte que hallase semejantes ministros del demonio, los debía privar del sacerdocio en los concilios provinciales, y sujetarlos á los ejercicios monásticos para que acabasen su vida en la penitencia.

Condenó el Pontífice nominalmente á uno de estos dogmatizantes llamado Virgilio, que habia sembrado la division entre el arzobispo Bonifacio y Odilon, duque de Ba-

(1) *Epist. 10. ap. Othol. cap. 9.*

viera, y á quien se acusaba de enseñar la existencia de otro mundo y de otros hombres debajo de la tierra, como tambien de otro sol y de otra luna. La condenacion fué severa, pues se mandó que el ministro seductor fuese degradado del sacerdocio y arrojado de la Iglesia. Mas el error de Virgilio no consistia precisamente en creer la existencia de los antipodas, sino que sus aseveraciones temerarias daban á entender que no todos los hombres descendían de Adán, dando lugar á otras muchas consecuencias no menos injuriosas al Redentor de todo el género humano.

En estas respuestas del Papa Zacarias se halla la aprobacion de la última eleccion que los franceses hicieron de Maguncia para metrópoli de Germania. El Pontífice, en favor de Bonifacio, confirma esta dignidad en sus sucesores, y declara que tendrian sujetos á su jurisdiccion á los obispos de Tongres, de Colonia, de Worms, de Spira y de Utrech, con los de todas las ciudades en que San Bonifacio habia establecido la fé. Como el Santo se habia debilitado en extremo desde la primera vez que propuso nombrarse un sucesor, trató de nuevo de dejar su Silla para retirarse á Fulda; pero el Papa le disuadió de este pensamiento, y en alivio de su vejez le permitió elegirse un coadjutor, y ordenar para esto al que él reputase digno de sucederle. Concedióle igualmente para su abadía de Fulda un privilegio de inmunidad, cual no se habia visto hasta entonces. Declara á aquel monasterio exento de toda jurisdiccion, á no ser de la Sede apostólica, de tal manera que ningun obispo pueda ni aun celebrar en él la misa como no sea convidado por el abad (1).

Este último favor no precedió mas que un año á la muerte del Papa Zacarias, el qual habiendo desempeñado por espacio de

(1) *Epist. 14 ap. Othol. lib. 2, cap. 43.*

diez años y mas de tres meses todas las funciones de un digno Pontífice con celo infatigable y con éxito feliz, murió santamente el día 14 de marzo de 752. En medio de los negocios ruidosos que ocuparon casi todo su pontificado, no dejó de cultivar las letras, y tradujo en griego, que era su lengua materna, los diálogos de San Gregorio el grande. Halló la cabeza de San Jorge, que estaba olvidada mucho tiempo habia dentro de una arca vieja en el palacio patriarcal, y la colocó con el honor debido en la diaconía de este mártir famoso; es decir, en la iglesia cardenalicia que lleva el nombre de San Jorge del Velo de Oro. Habiendo llegado á su noticia que algunos comerciantes venecianos tenían comprados en Roma muchos esclavos cristianos de uno y otro sexo para venderlos en Africa, puso en libertad á los cautivos, volvió á los comerciantes su dinero, y prohibió rigurosamente este tráfico indigno; «no siendo justo, dice, que los que han llegado á ser hijos de Dios por el bautismo, sean esclavos de los infieles.» Reedificó casi enteramente el palacio de Letran, hizo donativos inestimables á muchas iglesias, sobre todo á la de San Pedro (1) en la que puso cortinas de seda entre todas las columnas, y adornó el altar con un paramento tejido de oro y sembrado de piedras preciosas, que representaba el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Añadió á esto cuatro velos guarnecidos de oro, y una corona tambien de oro con detalles de peso de ciento y veinte libras. En fin, estableció un fondo suficiente que redituase anualmente veinte libras de oro destinadas para el alumbrado. Además, fundó abundantes limosnas para los pobres y peregrinos: adquirió muchas posesiones para la Iglesia: puso en buen estado todas sus obras: aumentó un duplo las prebendas ó

(1) *Anast. in Zachar.*



pensiones anuales de los clérigos, á quienes trataba como á hijos, y se grangeó así justamente la estimacion de su pueblo, el cual vivió en la paz y en la abundancia durante su pontificado.

Hacia mucho tiempo que el pueblo romano no habia experimentado una beneficencia tan digna de sus aplausos, siendo estos los primeros efectos de la decadencia del imperio de los griegos en Italia, de la proteccion poderosa que los príncipes franceses dispensaban á la Sede apostólica, y del engrandecimiento del poder de los Soberanos Pontífices.

Inmediatamente despues de la muerte de Zacarias, fué elegido Papa el sacerdote Esteban, natural de Roma, y puesto en posesion del palacio patriarcal de Letran; pero murió de repente al cabo de cuatro dias sin haber llegado á consagrarse, circunstancia por la cual no se le cuenta en el número de los Papas. Esteban II, diácono de la Iglesia romana, fué nombrado en su lugar, y consagrado el dia 26 de marzo del año 752. Hizo el mismo uso que Zacarias de las riquezas de la Iglesia. Desde el principio de su pontificado restableció en Roma cuatro hospitales, abandonados mucho tiempo habia; fundó luego otro para cien pobres, y construyó y dotó ricamente otros dos fuera de la ciudad cerca de la iglesia de San Pedro.

Debilitándose cada vez mas en Italia el poder imperial, al fin los lombardos le destruyeron enteramente con el exarcado de Rávena. Aprovechándose el rey Astolfo de los cuidados que los árabes daban á los griegos, puso sitio á aquella ciudad, y se apoderó de ella (1). El exarca Eutiquio huyó á Grecia, y se acabó entonces el exarcado, cuya duracion desde su establecimiento bajo el emperador Justino el jóven fué de unos ciento y ochenta años.

(1) Rub. Hist. lib. 4.

No quedó satisfecho Astolfo con esta ventaja, sino que pretendió apoderarse de la misma ciudad de Roma y de todas sus dependencias. No le faltaban fuerzas ni valor, pero estas ventajas le hicieron olvidar los temperamentos y condescendencia que no le eran menos necesarias. Dejó de conocer el influjo poderoso de los literatos y de los intérpretes de las leyes en las situaciones críticas, en que los pueblos, caidos poco á poco en la independancia, se ven abandonados á su gusto para elegir nuevo soberano. Viendo Astolfo que los romanos no podian resistirle, empleó solamente el rigor y las amenazas, y ya trataba de imponerles un tributo anual de un sueldo de oro por cabeza. El Papa le envió los abades de Monte-Casino y de San Vicente cerca de Vulturano, para tratar de paz; mas el lombardo lleno de altivez los despidió sin oírlos. El Papa nombró sin tardanza diputados para el emperador, á fin de suplicarle, como ya otras veces lo habia practicado, que enviase un ejército para libertar á Roma y á la Italia; pero estas súplicas no fueron mas eficaces que las que tantas otras veces se habian hecho.

Sin embargo, el mal apremiaba. Astolfo estrechaba la ciudad y amenazaba pasar á cuchillo á todos los ciudadanos si no se rendian inmediatamente. Todo era inquietud y consternacion. El Pontífice se esforzó á reanimar su valor, exhortándolos á implorar los auxilios del cielo. Hizo una procesion, y en ella se llevaron las reliquias mas veneradas, entre otras una imágen de Jesucristo que creian no habia sido formada por manos de hombres (1). Llevábala el Pontífice en sus hombros, á pié descalzo, seguido del pueblo igualmente descalzo, cubiertas de ceniza sus cabezas, y lanzando profundos suspiros. Fijaron á la cruz un

(1) Anast. in Steph. II.

tratado de paz concluido poco antes con los lombardos, y violado inmediata é impunemente por Astolfo. Esta procesion se repitió todos los sábados por espacio de muchas semanas consecutivas.

Viendo en fin el Papa Esteban que nada bastaba para contener al rey, y destituido de toda esperanza de socorro de parte de los griegos, recurrió á los franceses, á ejemplo de sus predecesores Zacarias y Gregorio III. Escribió al rey Pipino una carta muy espresiva, confiándola con mucho sigilo á un peregrino por temor de Astolfo; y oponiendo el ardid á la fuerza, suplicó al monarca francés que enviase á Roma embajadores para convidar al Pontífice á pasar á Francia. Al mismo tiempo escribió Esteban á todos los duques franceses exhortándolos á que acudiesen en socorro de la Iglesia de San Pedro. Ademas de las recompensas eternas que aseguró á su piedad generosa, les prometia todas aquellas prosperidades de que ordinariamente colma el Señor aun desde este mundo á los protectores de su Iglesia.

Pipino, que ya habia recibido y esperaba recibir todavía grandes servicios del Papa, miró con gusto la ocasion que se le presentaba. Envió pues á Crodegando, obispo de Metz, y al duque Aucario ú Ogero, celebrado por los romanos con elogios que tienen cierto aire de fabulosos con respecto á lo que refieren acerca de él. Por lo que toca á Crodegando, natural de Brabante, y de la primera nobleza de Francia, es cierto que su mérito le elevó bajo el reinado de Carlos Martel á la dignidad de cancelario (1). Tenia mucha esperiencia en los negocios, y una elocuencia noble y sólida, á la que daban nuevo realce las cualidades exteriores de su persona. Se esplicaba con facilidad y con mucha gracia en latin y en

(1) Bolland. ad. 6 Mart.

tudesco, que era su lengua nativa. A estos grandes talentos reunia muchas virtudes, especialmente la caridad con los pobres, una piedad tierna, un celo ardiente por la regularidad clerical y el espíritu de orden y decoro, al que veremos que condujo con felicidad al clero que habia decaido de su antiguo esplendor. Fundó muchos monasterios, dotándolos con su rico patrimonio, y entre otros el de Gorza, que llegó á ser una escuela célebre.

Luego que llegaron á Roma los dos embajadores, instaron públicamente al Papa que pasase en su compañía á Francia, en donde protestaron que la Iglesia romana, madre comun de los fieles, hallaria siempre sus mas seguros defensores. Antes que llegasen los embajadores, y sin dar indicio alguno de que los esperaba, habia pedido Esteban un salvo-conducto al rey Astolfo, como para tratar con él sobre los medios de satisfacerle, salvo conducto que se le habia concedido. Partió inmediatamente seguido de una multitud de ciudadanos de Roma y de otras ciudades que bañaban el camino con sus lágrimas, é intentaron muchas veces detenerle, considerando los peligros á que se esponia, y las molestias de una enfermedad que padecia. El Pontífice, encomendándolos á Dios y á San Pedro, los consoló con la esperanza de un éxito feliz en un negocio que solo tenia por objeto su seguridad y la de la Iglesia. Estando cerca de Pavia, le hizo saber el rey lombardo que no habia de pedir la devolucion de Ráveni ni de ninguna de las plazas que habian pertenecido al imperio; y que si intentaba hacerle semejantes proposiciones, volviese sin tardanza á tomar el camino de Roma. Esteban prosiguió tranquilamente su ruta, y llegó á la corte de Astolfo.

Este príncipe, que no estaba destituido de Religion, no pudo prescindir de dar á la Cabeza de la Iglesia una acogida convenien-